

UNA MANSION PARA MI

por Silvia Castillejos

Mi padrino me llevó al lugar en el que quiero trabajar, Seriecita ¿eh? me advirtió mientras jalaba el cordón de la campana. Un criado nos abrió: su excelencia los espera. Atravesamos un parque de pinos, subimos las escaleras redondeadas y esperamos en el salón de vidrio azul. Mi padrino Bonodoni me apretó el brazo y murmuró: siéntate y estate quieta.

Después de un momento entró un anciano —o anciana— pulcramente vestido —o vestida—. Saludó y se me quedó viendo; quise esconder los pies. Bonodoni aclaró: ella es la señorita que está dispuesta a servirle de compañía durante las tardes. Es una muchacha alegre que aprecia la cultura y el buen gusto. Bien, bien, dijo la viejecita —o viejecito— pasemos al fresco a tomar algo.

Mis pasos sonaron chuecos cuando salimos al jardín. Era un jardín calientito, tapizado con enredaderas. Lirios, alcatraces y geranios se turnaban para colorear el pasto. En el centro resaltaba una fuente esculpida con materiales transparentes. Las ganas de tocarla se esfumaron porque el anfitrión —o anfitriona— estaba ofreciéndome una copa de vino tinto y me decía: uno de los requisitos es traer una botella de vino cada día durante un mes. Así quedaré satisfecho o satisfecha de su buen gusto. Un "sí" de bebé salió de mis labios. Desvié la mirada y me entretuve en memorizar el color del vino acribillado por los rayos del sol.

Después iniciamos el recorrido por la mansión. Bonodoni quedó de recogerme más tarde, así que sólo mi futuro jefe—o jefa— y yo pasamos por todas las habitaciones. El tiempo no esperaba al ansioso recorrer de mi mirada: camas aterciopeladas; piedras preciosas incrustadas y no incrustadas por todos los rincones; oscuridad total en algunas piezas cuyos aromas revelaba la existencia de bibliotecas encerradas; altares sin santos; pisos resplandecientes que hacían rebotar nuestros pasos hasta el techo.

Los espejos colocados al final de los pasillos agrandaban artificialmente los espacios y las lámparas estampadas con acertijos japoneses se abrazaban al cielo raso temerosas de estrellarse contra el suelo. Junto a enormes macetones, descansaban muebles de peluche blanco que a mí me parecieron gatos mayores.

De pronto, una lluvia fina, tupida y elegante, envolvió la casa y quebró el silencio oloroso de la tarde. Nos detuvimos en el ventanal más alto y vi cómo el rostro del anciano —o anciana— se desfiguraba con las arrugas de la tristeza. Yo también sentí algo raro cuando noté que la lluvia estaba despintando los colores del jardín. La tinta de plantas y baldosas se confundía en mezcla marrón y se perdía en las coladeras ocultas de los patios.

El torrente pertinaz no sólo acabó con los rellenos, poco a poco fue borrando los perfiles, las líneas que enmarcaban las figuras. No tardaron en perderse las aristas de los muros, y como si los barrotes de una inmensa jaula se despegaran, los colores huían igual que pájaros enloquecidos.

Las habitaciones ya no eran más que chorreantes acuarelas. Pisos, escaleras, techos, todo se desplomaba por falta de trazos.

La mancha púrpura que estaba junto a mí dio a entender que me retirara. Dudé, pero como el filo corrosivo del agua diluía hasta la pintura viviente, me alejé sin despedirme por el camino recordado.